

CAPÍTULO 4

Solo en casa un día de invierno al atardecer. Eran las cinco o las cinco y media, en la calle ya hacía frío y estaba oscuro, la lluvia azotada por el viento arañaba las contraventanas de hierro, mis padres se habían ido a tomar un té a casa de Mala y Stashek Rodnitzky, en la calle Chancelor esquina Haneviim, y volverían un poco antes de las ocho, me prometieron, o como muy tarde a las ocho y cuarto o y veinte. Y si, por casualidad, se retrasaban un poco, no había de qué preocuparse: Al fin y al cabo, estamos en casa de los Rodnitzky, aquí mismo, a un cuarto de hora de casa.

En lugar de hijos, Mala y Stashek Rodnitzky tenían dos gatos de Angora, Chopin y Schopenhauer. Se pasaban el invierno durmiendo, pegados el uno al otro en una esquina del sofá o en un almohadón mullido que llamaban puf, como si fueran dos osos hibernando. Y en una jaula, en un rincón del salón, vivía un viejo pájaro, casi desplumado, ciego de un ojo y con el pico siempre un poco abierto. A ese pájaro los Rodnitzky lo llamaban, a veces, Alma y a veces, Mirabelle. Para que Alma-Mirabelle no sufriera la humillación de la soledad, metieron en su celda otro pájaro que Mala Rodnitzky había hecho con una piña pintada y dos cerillas a modo de patas; tenía unas alas de papel de muchos colores, engalanadas con cinco o seis plumas de verdad, pegadas aquí y allá. La soledad, decía mi madre, es como un fuerte martillazo: hace añicos el cristal pero templea el acero. Templar, nos explicó mi padre, significa hacer fuerte, fortalecer, de la palabra «fuerza», pero, de hecho, templar tiene, en hebreo, la misma raíz que amordazamiento, mordaza, y aún hay que comprobar si tiene relación con almacén, el al-majsan árabe del que, de alguna forma, deriva también el magazine europeo.

A mi padre le gustaba mucho contarme detalladamente todo tipo de relaciones de parentesco y oposición entre las palabras. Como si las palabras fuesen una familia ramificada procedente del este de Europa donde hubiese un montón de primos segundos y terceros, familia política, cuñados, sobrinos, consanguíneos, nietos, biznietos: «consanguíneos» viene de la palabra «sangre», por eso se dice, explicaba mi padre, «sangre de tu sangre». Por favor trae de la repisa el diccionario grande. Vamos a buscar todas las palabras derivadas de sangre, así aprenderemos algo tú y yo, y de paso, podías dejar tu taza en su sitio.

En los patios y en las calles reinaba un silencio negro, tan profundo que hasta se podía oír el roce de las nubes al pasar entre los tejados y tocar las copas de los cipreses. Se oía un grifo goteando en la cocina y un susurro o un ligero arañazo casi inaudible pero que podía advertirse en el vello erizado de la nuca, un murmullo que llegaba del espacio oscuro entre el armario y la pared.

Yo encendía la lámpara de la habitación de mis padres, tomaba del escritorio ocho o nueve clips, un sacapuntas, dos libretas, un tintero de cuello largo lleno de tinta negra, una goma, una caja de chinchetas, y lo utilizaba todo para fundar un nuevo kibutz-fortaleza. Una muralla y una torre en el corazón del desierto, sobre la alfombra: ordenaba los clips en semicírculo, ponía el sacapuntas y la goma a ambos lados del tintero, que era mi depósito de agua, y lo rodeaba todo con una valla hecha de lapiceros y bolígrafos y defendida por las chinchetas.

La invasión era inminente: una banda de salteadores sedientos de sangre (una veintena de botones) atacaría el lugar desde el este y el sur, pero nosotros lo protegeríamos con una estratagema: les abriríamos la puerta, los dejaríamos entrar hasta el patio central, que sería el campo de la masacre, la puerta se cerraría a sus espaldas para que no pudiesen retroceder y entonces, yo daría la orden de disparar; en ese instante, desde cada tejado y desde lo alto del tintero que hacía de depósito de agua, los pioneros, representados por los peones blancos de mi ajedrez, abrirían fuego y con unas cuantas ráfagas serían eliminadas por completo las fuerzas enemigas atrapadas: Alabado sea Aquel que prepara la matanza del enemigo, y entonces todo terminaría con un canto triunfal, promovería la alfombra al rango de mar Mediterráneo, la estantería marcaría la costa europea, el sofá sería África, entre las patas de la silla pasaría el estrecho de Gibraltar, algunas cartas plantadas aquí y allá serían Chipre, Sicilia y Malta, las libretas harían de portaaviones, la goma y el sacapuntas de destructores, las chinchetas de minas marinas y los clips de submarinos.

Hacía frío en casa. En vez de ponerme otro sweater encima del que llevaba, como me habían dicho que hiciera para no gastar electricidad, encendí –sólo diez minutos– la estufa eléctrica. La estufa tenía dos resistencias, pero también un interruptor de ahorro que hacía que se encendiese sólo una, la de abajo. Yo fijaba la vista en esa resistencia para ver cómo se iba calentando. Se encendía

progresivamente, despacio, al principio no se veía nada, sólo se oían una serie de pequeñas crepitaciones, como cuando el zapato pisa granos de azúcar, y después del chisporroteo, salía por los extremos una especie de fulgor de palidez violácea, luego se iba extendiendo hacia el centro de la resistencia una especie de revoloteo insinuado, rosáceo, como un ligero rubor en una mejilla tímida; y después aparecía un fuerte rubor, como de vergüenza, para liberarse al fin sin ningún pudor, naranja desnudo y rojo pasión, hasta que el ardor llegaba hasta el centro de la resistencia y ardía sin poder extinguirse, y entonces ya era fuego al rojo vivo que se reflejaba como un sol cruel en la concavidad metálica y fulgurante de la concha plateada que devolvía el calor, y en ese momento ya no se podía mirar sin entornar los ojos: la resistencia abrasaba, cegaba, se desbordaba, no podía contenerse más, enseguida entraría en erupción derramándose sobre la alfombra-mar Mediterráneo como un volcán con ríos de lava incandescente, y se tragaría vivas mi escuadrilla de destructores y mi flota de submarinos.

Durante todo ese tiempo, su pareja, la resistencia de arriba, estaba apagada, adormecida, fría e indiferente. Cuanto más ardía la resistencia encendida, más indiferente se mostraba la otra, se encogía de hombros, lo veía todo de cerca sin importarle nada. De pronto me estremecí, como intuyendo o sintiendo en mi piel la gran tensión que había entre el calor y el frío, y comprendí que había una forma rápida y sencilla de hacer que a la resistencia indiferente tampoco le quedase más remedio que calentarse, y también tendría que temblar como si fuera a estallar de tanto fuego incontenible..., pero eso estaba prohibido. Estaba completamente prohibido, estaba tajantemente prohibido encender al mismo tiempo las dos resistencias de la estufa, y no sólo por el escandaloso gasto, sino también por el riesgo de sobrecarga, podían saltar los plomos y toda la casa se quedaría a oscuras, y ¿quién iría a medianoche a buscar a Baruj Manos de Oro?

Para encender la resistencia de arriba tendría que haberme vuelto loco, pero de remate. ¿Y si mis padres volvían antes de que pudiera apagarla? ¿O si conseguía apagarla pero no le daba tiempo a enfriarse y hacerse la muerta? ¿Qué habría dicho entonces en mi defensa? Por tanto había que contenerse. No había que encenderla. Y además tenía que empezar a ordenar todo lo que había desparramado por la alfombra.

CAPÍTULO 5

¿Qué es autobiográfico y qué es ficticio en mis relatos?

Todo es autobiográfico: si alguna vez escribiera una historia de amor entre la Madre Teresa y Aba Eban, por supuesto sería autobiográfica, aunque no una confesión. Todas las historias que he escrito son autobiográficas, ninguna es una confesión. El mal lector siempre quiere saber, saber al instante «qué pasó realmente». Cuál es la historia que está detrás del relato, qué pasa, quién está en contra de quién, quién fornicó con quién realmente. «Profesor Nabokov», preguntó una vez una entrevistadora en directo en la televisión americana, «díganos, por favor, are you really so hooked on little girls?».

También yo consigo a veces que los ávidos entrevistadores me pregunten, aludiendo al «derecho del público a saber», si mi mujer fue el modelo para el personaje de Jana en Mi querido Mijael o si la cocina de mi casa está tan sucia como la de Fima. Y a veces me dicen: ¿Podría decirnos quién es realmente la joven de El mismo mar? ¿No tendrá también usted por casualidad algún hijo que haya desaparecido durante un tiempo en Extremo Oriente? ¿Y qué hay en realidad detrás del lío que tienen Yoel y la vecina, Annemarie, en Conocer a una mujer? ¿Y podría decirnos, por favor, con sus palabras, de qué trata Un descanso verdadero?

En el fondo, ¿qué quieren esos impúdicos entrevistadores de Nabokov y de mí? ¿Qué quiere el mal lector, el lector perezoso, sociológico, cotilla y mirón?

En el peor de los casos, provistos de un par de esposas de plástico, se acercan a mí para arrebatarme el mensaje, vivo o muerto. Quieren la «última palabra». El «qué quería decir el poeta» quieren arrebatarme. Que les ponga en las manos «con mis palabras» el mensaje subversivo, la lección moral, los bienes inmuebles políticos, la «ideología». En lugar de una novela, sea tan amable de darles algo un poco más concreto, algo con los pies en la tierra, algo tangible, algo como «la ocupación corrompe», «el reloj de arena de las diferencias sociales tictaquea», «el amor triunfa», «las clases dirigentes son corruptas» o «las minorías están discriminadas». En resumen: deles, metidas en bolsas de plástico de cadáveres, las vacas sagradas que degolló usted para ellos en su último libro. Gracias.

Y a veces renuncian también a las ideas y a las vacas sagradas y están dispuestos a conformarse con la «historia que hay detrás del relato». Quieren los chismorreos. Quieren husmear. Que se les diga lo que realmente te ha pasado en la vida y no lo que después has escrito sobre ello en tus libros. Que se les revele de una vez, sin eufemismos ni chorradas así, quién realmente lo hizo con quién, y cómo y cuántas veces. Eso es todo lo que quieren y con eso se quedan satisfechos. Dales Shakespeare enamorado, Thomas Mann rompiendo el silencio, Dalia Rabikovitch al desnudo, las confesiones de Saramago, la intensa vida amorosa de Lea Goldberg.

El mal lector me exige que le desmenuce el libro que he escrito; pretende que con mis propias manos tire mis uvas a la basura y le dé sólo las pepitas.

El mal lector es una especie de amante psicópata que se abalanza sobre una mujer y le desgarrar la ropa y, cuando ya está desnuda del todo, le arranca la piel, abre su carne con impaciencia, rompe el esqueleto y al final, cuando ya ha roído los huesos con sus ávidos dientes amarillos, sólo entonces se queda satisfecho: ya está. Ahora estoy dentro del todo. He llegado.

¿Adónde ha llegado? De vuelta al viejo, trillado y banal esquema, al conjunto de estereotipos que, como todos, el mal lector conoce desde hace tiempo y por tanto se siente cómodo con ellos y sólo con ellos: los personajes del libro no son más que el escritor en persona, o sus vecinos, y el escritor y sus vecinos, evidentemente, no son ningunos santos, al fin y al cabo son unos degenerados como todos nosotros. Cuando se llega hasta el hueso, se pone de manifiesto que «todos somos iguales». Y eso es precisamente lo que el mal lector busca con ansia (y encuentra) en cualquier libro.

Por otra parte, el mallelector, al igual que el impúdico entrevistador, se relaciona siempre con cierta desconfianza hostil, con cierta animadversión puritano-santona con la obra, con la creación, con los ardides y las exageraciones, con los rituales del cortejo, con la ambivalencia, la musicalidad y la musa, con la propia imaginación: estaría dispuesto a husmear a veces en una obra literaria compleja, pero sólo con la condición de que se le asegurase de antemano la satisfacción «subversiva» que se encuentra en el degüello de las vacas sagradas, o la satisfacción agrio-puritana a la que son adictos todos los consumidores de escándalos y «exhibicionismos» a la carta que ofrece la prensa amarilla.

Al mal lector le satisface la idea de que el gran Dostoievsky en persona fuera sospechoso de una turbia tendencia a robar y asesinar a ancianas, o que William Faulkner estuviera implicado en alguna relación incestuosa, Nabokov mantuviera relaciones sexuales con menores, Kafka fuera sospechoso a los ojos de la policía (y no hay humo sin fuego), y A. B. Yehoshua quemara bosques del Keren Kayemet (hay humo y hay fuego), por no hablar de lo que Sófocles les hizo a su padre y a su madre, ¿cómo, si no, habría podido describirlo de una forma tan real?, más real incluso que la vida misma.

Sólo de mí he sabido hablar./ Mi mundo es estrecho como el mundo de una hormiga.../ También mi camino –como su camino hacia la cima–/ es un camino de sufrimiento y esfuerzo,/ una mano de gigante maligna y certera,/ una mano burlona lo ha destruido.

Un antiguo alumno me presentó una vez un comentario a este poema:

Cuando la poetisa Rahel era pequeña le gustaba mucho trepar a los árboles pero, cada vez que empezaba a trepar, llegaba un forzudo y de un manotazo la mandaba de vuelta al suelo. Y por eso se sentía desgraciada.

Aquel que busca el corazón del relato en el espacio que está entre la obra y quien la ha escrito se equivoca: conviene buscar no en el terreno que está entre lo escrito y el escritor, sino en el que está entre lo escrito y el lector.

No es que no haya nada que buscar entre el texto y el autor: hay lugar para una investigación biográfica y hay placer en el chismorreó, y tal vez el trabajo de campo biográfico en algunas obras literarias tenga un moderado valor de chismorreó. Tal vez no haya que menospreciar el chismorreó: es el pariente pobre de la literatura. Es cierto que la literatura normalmente no se digna a saludarlo por la calle, pero no hay que olvidar el parentesco que hay entre ellos, pues es un impulso eterno y universal husmear en los secretos del prójimo.

Quien no haya gozado nunca de los encantos del chismorreó que se levante y tire la primera piedra. Pero el placer del chismorreó es tan sólo algodón de azúcar. El encanto del chismorreó está tan lejos del encanto de un buen libro como un refresco con colorantes del agua fresca y del loadó vino.

Cuando era pequeño me llevaron dos o tres veces, para celebrar Pesaj o Año Nuevo, al estudio fotográfico de Edi Rogoznik, en la playa Bugrashov de Tel Aviv. En el estudio había un hombre musculoso, un gigante pintado y recortado en cartón, cuya espalda estaba sujeta por dos postes; un diminuto bañador se ajustaba a sus lomos de toro, y tenía montañas de músculos y un formidable pecho velludo y bronceado. Ese gigante de cartón tenía un agujero en lugar de cara y detrás había un taburete con peldaños. Edi Rogoznik te mandaba que te pusieses detrás del héroe, que subieses dos peldaños del taburete, que sacaras tu pequeña cabeza hacia la cámara de fotos, a través del agujero de la cabeza de ese Hércules, te pedía que no te movieses ni pestañearas, y apretaba el botón. Al cabo de diez días íbamos por las fotos, en las que mi cara pequeña, pálida y seria se erguía sobre el cuello de toro lleno de marcados tendones, rodeada por los rizos de Sansón, unida a los hombros de Atlas, al pecho de Héctor, a los brazos de Coloso.

Pues bien, toda buena obra literaria nos invita de hecho a sacar la cabeza por alguna de las criaturas de Edi Rogoznik; en vez de intentar sacar por allí la cabeza del escritor, como hace el lector banal, tal vez convenga sacar la propia cabeza por el agujero y ver lo que pasa.

Es decir: el espacio que el buen lector prefiere labrar durante la lectura de una obra literaria no es el terreno que está entre lo escrito y el escritor sino el que está entre lo escrito y sí mismo. En vez de preguntar: «Cuando Dostoievsky era estudiante, ¿de verdad asesinó y robó a ancianas viudas?», prueba tú, lector, a ponerte en el lugar de Raskolnikov para sentir en tus carnes el terror, la desesperación y la perniciosa miseria mezclada con arrogancia napoleónica, el delirio de grandeza, la fiebre del hambre, la soledad, el deseo, el cansancio y la añoranza de la muerte, para hacer una comparación (cuyo resultado se mantendrá en secreto) no entre el personaje del relato y los distintos escándalos en la vida del escritor, sino entre el personaje del relato y tu yo secreto, peligroso, desdichado, loco y criminal, esa terrible criatura que encierras siempre en lo más profundo de tu mazmorra más oscura para que nadie pueda adivinar jamás la esencia de tu existencia, ni tus padres, ni tus seres queridos, no sea que se aparten de ti con espanto igual que se huye ante un monstruo. Mira, cuando lees la historia de Raskolnikov, siempre que no seas un lector chismoso sino un buen lector, puedes interiorizar a ese Raskolnikov, introducirlo en tus sótanos, en tus oscuros laberintos, tras las rejas y en la mazmorra, para que se encuentre allí con tus monstruos más vergonzosos y abominables y podrás compararlos con los de Dostoievsky; los

monstruos de la vida cotidiana no los podrás comparar nunca con nada pues tú nunca se los mostrarás a ningún ser humano, ni siquiera en voz baja, en la cama, al oído de quien se acuesta contigo por las noches, no sea que en ese mismo instante tome la sábana espantado, se cubra con ella y huya de ti gritando de terror.

Así podría Raskolnikov endulzar algo la vergüenza y la soledad de la mazmorra a la que todos nos esforzamos en condenar a nuestro prisionero interior de por vida. Así los libros podrían apiadarse de ti por la tragedia de tus abominables secretos: no sólo de ti, amigo mío, quizás todos seamos un poco como tú: nadie es una isla, pero todos somos media isla, una península rodeada casi por todas partes de agua negra y, a pesar de todo, unida a otras penínsulas. Rico Danon, por ejemplo, en el libro *El mismo mar*, piensa en el misterioso hombre de las nieves de las montañas del Himalaya:

Todo aquel nacido de mujer lleva sobre sus hombros

a sus padres. No sobre sus hombros. En su interior.

Durante toda su vida debe llevarlos, a ellos y a todo

su cortejo, a sus padres, a los padres de sus padres,

una muñeca rusa preñada hasta la última generación.

Vaya a donde vaya, lleva padres en sus entrañas; cuando

se acuesta lleva padres en sus entrañas; cuando se levanta

lleva padres en sus entrañas, tanto si se aleja como si se queda

donde está. Noche tras noche, comparte su cama

con su padre y su lecho con su madre

hasta que le llega la hora.

Y tú, no preguntes: ¿Son hechos reales? ¿Es lo que le pasa al autor? Pregúntate a ti mismo. Por tus propias circunstancias. Y la respuesta puedes guardártela para ti.

CAPÍTULO 6

A menudo los hechos amenazan a la verdad. Una vez escribí acerca del verdadero motivo de la muerte de mi abuela: mi abuela Shlomit llegó a Jerusalem, directamente desde Vilna, un caluroso día de verano del año 1933, lanzó una mirada de asombro a los zocos sudorosos, a los puestos multicolores, a las bulliciosas callejuelas llenas de gritos de buhoneros, rebuznos de burros, balidos de cabras, chillidos de pollos estrangulados y atados por las patas, y cuellos desangrándose de aves degolladas, vio los hombros y los brazos de los hombres mizrajíes y los escandalosos colores de las frutas y verduras, vio las montañas de los alrededores y las cuestas pedregosas, y al instante pronunció la definitiva sentencia: «El Levante está lleno de microbios».

Mi abuela vivió en Jerusalem unos veinticinco años, vio momentos difíciles y algunos buenos, pero no suavizó ni cambió su sentencia hasta el último día de su vida. Dicen que al día siguiente de su llegada a Jerusalem le ordenó a mi abuelo lo que le siguió ordenando durante todos los días que vivieron en la ciudad, verano e invierno: levantarse cada mañana a las seis o seis y media, rociar bien con insecticida cada rincón de la casa para acabar con los microbios, rociar debajo de la cama, rociar detrás del armario, y también en el empotrado y entre las patas del aparador, y después sacudir todos los colchones, la ropa de cama y las almohadas. Desde pequeño, recuerdo a mi abuelo Alexander en el balcón, al amanecer, en camiseta y zapatillas, sacudiendo con todas sus fuerzas la ropa de cama, como Don Quijote atacando los odres de vino: levantaba la raqueta y la dirigía una y otra vez contra la ropa con toda la furia de su desgracia o su desesperación. Mi abuela Shlomit se quedaba unos pasos por detrás de él, era más alta, con una bata de seda estampada abrochada hasta el cuello, el cabello recogido con una cinta verde en forma de mariposa, y, erguida y tiesa como la directora de un distinguido internado para señoritas, supervisaba el campo de batalla hasta alcanzar la victoria diaria.

En el marco de su eterna guerra contra los microbios, mi abuela se habituó, sin contar con nadie, a hervir frutas y verduras. Frotaba el pan repetidamente con un paño húmedo impregnado de una solución química desinfectante de color rosáceo llamada Kali. Después de cada comida, no fregaba los cacharros sino que, como se hacía durante los preparativos de Pesaj, los hervía durante más de una hora. E

incluso a sí misma se hervía mi abuela tres veces al día: en verano y en invierno solía tomar tres baños casi hirviendo para eliminar los microbios. Vivió muchos años, los piojos y los virus mantenían las distancias y, nada más verla, se cambiaban de acera; cuando tenía más de ochenta años, tras dos o tres ataques al corazón, el doctor Kromholtz la previno: Querida señora, si no deja sus baños abrasadores, no me hago responsable de lo que le pueda ocurrir.

Pero mi abuela no podía prescindir de sus baños. El terror a los microbios era demasiado grande. Murió en la bañera.

Su ataque al corazón fue un hecho.

Pero la verdad es que mi abuela murió de tanta limpieza y no de un ataque al corazón. Los hechos tienden a ocultarnos la verdad. La limpieza la mató. Aunque quizás, el lema de su vida en Jerusalem, «El Levante está lleno de microbios», testimonia una verdad anterior, más interior que la obsesión por la limpieza, una verdad ahogada y oculta: pues lo cierto es que mi abuela Shlomit llegó a Jerusalem desde el noreste de Europa, de lugares donde había tantos microbios como en Jerusalem, además de otro tipo de animales dañinos.

Aquí quizás haya un resquicio por donde mirar e imaginar qué escandalizó tanto del Oriente, con sus colores y olores, a mi abuela y tal vez también a otros emigrantes refugiados que llegaron de pueblos grises y otoñales del este de Europa, y por qué les impresionó de aquel modo la estremecedora sensualidad del «Levante», hasta el punto de desear construirse un gueto para protegerse de su amenaza.

¿Amenaza? Posiblemente la verdad sea que no era por la amenaza del Levante por lo que mi abuela mortificaba y purificaba su cuerpo con baños hirvientes mañana, tarde y noche durante todo el tiempo que vivió en Jerusalem, sino, precisamente, por sus sensuales encantos, por su propio cuerpo, por la fuerte atracción de los zocos rebosantes que fluían a su alrededor y hacían que respirase hasta lo más profundo del diafragma, hasta el punto de marearse y flaquearle las piernas con tal abundancia de verduras, frutas y quesos condimentados, con los fuertes olores y esos desconcertantes alimentos, exóticos, raros, que la excitaban, y las ávidas manos que tocaban y rebuscaban en el fondo de los montones de frutas y verduras, y los pimientos rojos, las aceitunas aliñadas y toda esa profusión de carnes lozanas, sanguinolentas, desnudas y enrojecidas, sin piel y sin vergüenza, balanceándose en el gancho, y la embriagante mezcla de especias, perfumes y polvos,

toda suerte de incitantes embrujos en un universo amargo, picante y salado, y también el intenso aroma del café invadiendo el estómago, los recipientes de cristal llenos de bebidas de colores con cubitos de hielo y rodajas de limón, y esos fuertes porteadores del zoco, morenos, velludos, desnudos hasta la cintura, con todos los músculos de la espalda moviéndose por el esfuerzo bajo la piel caliente y brillante al reflectarse el sol en los chorros de sudor. Quizás todos los rituales de limpieza de mi abuela sólo fueran una especie de traje espacial hermético y estéril. Un cinturón de castidad antiséptico que, desde aquel primer día en Eretz Israel, mi abuela se puso para protegerse de sus deseos, lo cerró con siete candados y destruyó todas las llaves.

Al final murió de un ataque al corazón; eso es un hecho. Pero no fue el ataque al corazón sino su limpieza lo que la mató. O no fue la limpieza, sino sus deseos secretos. O no fueron sus deseos, sino el terrible terror a los deseos. O no fueron la limpieza ni sus deseos, ni tampoco el terror a los deseos, sino precisamente su rabia eterna e inconfesable hacia ese terror, una rabia reprimida, una rabia pernicioso, como una infección mal curada, rabia contra su cuerpo, rabia contra sus deseos, y también otro tipo de rabia más profunda, rabia por rechazar sus deseos, una rabia turbia, venenosa, rabia contra el aislamiento y la reclusión, años y años de duelo secreto por el tiempo yermo que pasa y por el cuerpo que se seca y por el deseo del cuerpo, ese deseo lavado miles de veces y enjabonado hasta reprimirlo, desinfectado, frotado y hervido, el deseo de ese Levante sucio, sudoroso, feroz y placentero hasta hacer perder el sentido, pero lleno de microbios.

CAPÍTULO 7

Han pasado casi sesenta años desde entonces y aún recuerdo su olor: lo invoco y vuelve a mí, un olor algo burdo, un olor polvoriento, pero fuerte y agradable, un olor que me recuerda el contacto de una tupida tela de saco, y se mezcla en la memoria con el contacto de su piel, sus abundantes rizos, su espeso bigote, que me rozaba la mejilla y me producía una placentera sensación, como estar un día de invierno en una vieja cocina caliente y oscura. Saúl Tchernijovsky murió en el otoño de 1943, cuando yo tenía algo más de cuatro años; por tanto el recuerdo físico sólo se conserva porque ha pasado por varias estaciones de transmisión y amplificación: mi madre y mi padre me recordaban a menudo esos momentos, porque les gustaba jactarse ante sus conocidos de que el niño se había sentado en las rodillas de Saúl Tchernijovsky y había jugado con su bigote. Siempre se volvían hacia mí para que confirmara su historia: «¿A que aún te acuerdas de ese sábado por la tarde cuando el tío Saúl, el poeta, te sentó en sus rodillas y te llamaba “diablillo”? ¿A que sí?» («Diablillo» de forma cariñosa).

Mi papel era declamar para ellos la misma cantinela: «Sí. Lo recuerdo perfectamente».

Nunca les dije que la escena que yo recordaba era algo diferente a la suya.

No quería estropeársela.

La costumbre de mis padres de repetir esa historia y pedirme que la confirmase reforzó y guardó en mí el recuerdo de esos momentos, un recuerdo que, de no haber sido por el orgullo de mis padres, tal vez se hubiera descolorido y borrado. Pero la diferencia entre su historia y la escena que yo recordaba, el hecho de que el recuerdo conservado por mí no sea sólo un reflejo de la historia de mis padres y goce de una vida propia anterior, y el hecho de que la imagen del gran poeta y el niño pequeño, según la puesta en escena de mi padres, sea algo distinta a la imagen grabada en mi interior, son la prueba de que mi historia no es sólo herencia de la suya: para mis padres, el telón se abre y el niño rubio, con pantalones cortos, está sentado en las rodillas del genio de la poesía hebrea tirándole del bigote, mientras el poeta le pone la condecoración de «diablillo» y el niño, por su parte – ¡ay, dulce

inocencia!–, le paga con la misma moneda diciendo: «¡El diablillo eres tú!», a lo que, según la versión de mi padre, el autor de «Ante la estatua de Apolo» contesta: «A lo mejor los dos tenemos razón», y me besa en la cabeza, un beso que mis padres consideraron una señal de designación, una especie de unción de reyes, como si, dijéramos, Pushkin se hubiera inclinado y besado así la cabeza del pequeño Tolstoy.

Pero en el cuadro de mi memoria, un cuadro que los focos encendidos de mis padres me ayudaron a conservar aunque sin grabarlo en mí claramente, en mi escena, menos idílica que la suya, yo no estaba sentado en las rodillas del poeta ni tiraba de su famoso bigote, sino que tropecé y me caí en casa del tío Yosef y al caerme me mordí la lengua, me hice sangre y lloré, y el médico, el pediatra, se adelantó a mis padres y se apresuró a levantarme con sus anchas manos: aún recuerdo que me alzó del suelo con la espalda hacia él y la cara chillona hacia la habitación, me dio la vuelta en sus brazos y dijo algo, y luego añadió algo más, aunque no sobre el legado de la corona de Pushkin a Tolstoy, y, mientras yo me agitaba en sus brazos, me abrió la boca con fuerza y pidió que le llevaran un poco de hielo, después miró la herida y dijo:

–No es nada, es sólo un rasguño, ahora lloramos pero pronto reiremos.

Tal vez porque el poeta nos incluyó en esas palabras a los dos, o por el contacto áspero y agradable de la piel de su cara en la mía, como el roce de una toalla gruesa y caliente, y sobre todo por su olor intenso, hogareño, que todavía hoy puedo invocar y hacer volver a mí (no un olor a loción de afeitado, ni a jabón, tampoco a tabaco, sino un olor corporal denso y concentrado, como el sabor de una sopa de pollo en un día de invierno), sobre todo por aquel agradable olor me tranquilicé enseguida, pues el dolor, como casi siempre, era más miedo que dolor. El espeso bigote, un bigote nietzscheano, me rozó y me hizo cosquillas, y después –por lo que recuerdo– el doctor Saúl Tchernijovsky me dejó con cuidado, pero sin demasiados miramientos, en el sofá del tío Yosef, el profesor Yosef Klausner, y el poeta-médico o mi madre me pusieron en la lengua un poco de hielo que la tía Tzipora se había apresurado en buscar.

Por lo que recuerdo, ningún epigrama simbólico digno de ser inmortalizado o citado fue intercambiado en esa ocasión entre uno de los más grandes poetas de la

generación del renacimiento de nuestra literatura y su delegado, pequeño y llorón, de la generación del Estado.

Desde aquel día aún pasaron dos o tres años hasta que fui capaz de pronunciar el nombre de Tchernijovsky. Cuando me dijeron que era poeta no me sorprendí: en Jerusalem, por aquella época, casi todo el mundo era poeta, escritor, investigador, filósofo, profesor o revolucionario. Cuando dijeron «doctor» no me causó ninguna impresión: en la casa del tío Yosef y la tía Tzipora todos los invitados varones eran catedráticos o doctores.

Pero él no era un doctor o un poeta cualquiera. Él era pediatra, tenía el pelo rizado, desgredado y un poco ralo, los ojos sonrientes, las palmas de las manos grandes y lanosas, el bigote como un bosque espeso, las mejillas de fieltro, y un olor único y especial, un olor intenso y suave.

Todavía hoy, cada vez que veo al poeta Saúl en una fotografía, en un dibujo o en un busto que lo representa, o eso me parece a mí, a la entrada de la Sociedad de Autores que lleva su nombre, al instante me envuelve, como el abrazo de una buena manta, su querido y reconfortante olor.

Mi padre, siguiendo al admirado tío Yosef, prefería al melenudo Tchernijovsky antes que al calvo Bialik, al que consideraba un poeta demasiado judío, algo diaspórico, «femenino», mientras que en Tchernijovsky veía al poeta hebreo por excelencia, es decir, masculino, un poco descortés, un poco gentil, sensible y atrevido, un poeta sensual dionisiaco, «un alegre griego», como lo llamaba el tío Yosef (olvidando completamente el sufrimiento judío de Tchernijovsky y aquel deseo tan judío de helenizarse un poco). Bialik era, para mi padre, el poeta de la desgracia judía, de los tiempos pasados, el *shtetl*¹, la humillación, la impotencia y la compasión (excepto en «El libro del fuego», «Los muertos del desierto» y «En la ciudad del exterminio», donde –eso decía mi padre– «Bialik realmente ruge»).

¹ Un shtetl (forma diminutiva de la palabra en idish shtot, "poblado") era una villa o pueblo con una numerosa población de judíos, en Europa Oriental y Europa Central, antes de la Shoá. Los shtetlej (plural) se concentraban principalmente en las áreas que conformaban la Zona de Asentamiento en el Imperio ruso, Polonia, Galizia y Rumania. Una ciudad más grande, como Lemberg o Czernowitz, era llamada un shtot y una villa más pequeña que un shtetl solía llamarse dorf.

Como muchos judíos sionistas de su época, mi padre tenía en el fondo algo de cananeo: el *shtetl* y todo lo que había en él, así como los representantes de ese mundo en la nueva literatura, Bialik y Agnón, le turbaban y avergonzaban. Su deseo era que todos nacióramos de nuevo, sanos, fuertes, bronceados, europeos-hebreos y no judíos-europeos del Este. El idish le produjo aversión durante casi toda su vida, lo llamaba «jerga». Bialik era, para mi padre, el poeta de la miseria, el poeta de «la agonía histórica», mientras que Tchernijovsky anunciaba el mañana que estaba despuntando para nosotros, el alba de «las estrellas de Canaán». El poema «Ante la estatua de Apolo» nos lo recitaba mi padre de memoria, con gran pasión, sin darse cuenta de que el poeta, en su inocencia, se postra a los pies de Apolo pero de hecho está cantando un himno a Dioniso.

Y a veces mi padre declamaba con un entusiasmo odesano-jabotinskiano pero con entonación ashkenazi los rayos y truenos de Tchernijovsky: «Música y melodía de tiempos remotos.../ música de sangre y fuego,/ sube al monte y arrasa la pradera, todo lo que verás: miseria», o: «Noche... noche... noche de ídolos,/ sin estrella, sin luz...». Aquella cara pálida de humilde erudito se iluminaba por un instante, como la de un monje que acaricia un pensamiento pecaminoso, cuando intentaba entonar con solemnidad versos como «sangre por sangre derramaré». Pero yo tenía que contener la risa porque mi padre lo pronunciaba con acento ashkenazi, como estaba escrito en el poema.

Mi padre se sabía de memoria más poemas de Tchernijovsky que cualquier otra persona que yo conociese; por supuesto, se sabía de memoria más poemas de Tchernijovsky que el propio Tchernijovsky, y los recitaba con gran emoción y pasión, es un poeta tan músico, tan músico, y pese a todo tan musical, un poeta sin trabas, sin complejos manifiestos, escribe sin vergüenza alguna sobre el amor e incluso sobre las pasiones, decía mi padre, Tchernijovsky nunca chapotea ni se revuelca en penas y suspiros. Entonces mi madre miraba a mi padre con cierta perplejidad, como si se asombrara de la vulgaridad de sus pasiones pero le pareciera mejor callar.

Mi padre, a quien por cierto le gustaba mucho utilizar la palabra «evidente», tenía un evidente carácter lituano (los Klausner procedían de Odesa, pero eran originarios de Lituania, y antes, al parecer, habían venido de Matersdorf, la Matersburg que está en el oeste de Austria, junto a la frontera con Hungría). Era un hombre sensible y apasionado, pero durante la mayor parte de su vida sintió

aversión por la mística y cualquier tipo de magia. Lo sobrenatural le parecía el reino evidente de toda clase de impostores y charlatanes. Los cuentos jasídicos los consideraba folclore, y la palabra «folclore» la pronunciaba siempre con el mismo gesto de desprecio con el que decía, por ejemplo, «jerga», «éxtasis», «hashish» o «intuición».

Mi madre lo escuchaba y, en vez de contestar, nos mostraba su triste sonrisa. A veces me decía: «Tu padre es un hombre sabio y racional; es racional hasta cuando está dormido».

Años más tarde, después de morir mi madre, cuando palidecieron un poco su optimista alegría y su continua verborrea, también cambió su carácter, y puede que se acercara un poco al de mi madre: en uno de los sótanos de la Biblioteca Nacional, mi padre descubrió un manuscrito desconocido de Y. L. Peretz, un cuaderno de juventud en el que, entre bocetos, garabatos y borradores en verso, había un relato titulado «La venganza». Mi padre se fue a pasar unos años a Londres y allí hizo su tesis doctoral sobre ese descubrimiento, con el que se fue alejando de la tormenta y turbulencia de Tchernijovsky y empezó a ocuparse de los mitos y las sagas de pueblos remotos y a husmear en la literatura idish, hasta que poco a poco fue arrastrado, como si al fin hubiese dejado de agarrarse a una barandilla, por la misteriosa melancolía de los relatos de Peretz en particular y de los cuentos jasídicos en general.

Pero en aquellos años en que íbamos los sábados a casa del tío Yosef, en Talpiot, mi padre aún intentaba educarnos a todos para que fuésemos ilustrados como él: mis padres solían discutir a menudo sobre literatura. A mi padre le gustaban Shakespeare, Balzac, Tolstoy, Ibsen y Tchernijovsky. Mi madre prefería a Bialik, Schiller, Turgueniev, Chejov, Strindberg, Gnessin, y también el señor Agnón, que vivía justo enfrente del tío Yosef en Talpiot, aunque a mí me parecía que no eran muy buenos amigos.

Una cortesía polar se respiraba por un instante en el callejón si por casualidad se encontraban el profesor Klausner y el señor Agnón: alzaban sus sombreros y se hacían una ligera reverencia, aunque por supuesto, en lo más profundo de sus corazones se deseaban el uno al otro el olvido eterno en el fondo de los abismos del

olvido: el tío Yosef no valoraba a Agnón, su estilo le parecía esotérico, provinciano, modulado con sofisticadas florituras.

El señor Agnón, por su parte, no olvidó su resentimiento hasta que se vengó ensartando al tío Yosef en uno de sus pinchos de ironía, en el ridículo personaje del profesor Beklem de la novela *Poesía*. Afortunadamente el tío Yosef murió a tiempo, antes de que se publicase el libro, y así se ahorró un disgusto, mientras que el señor Agnón, quien por cierto fue muy longevo, ganó el premio Nobel de literatura y alcanzó la gloria, pero a cambio tuvo que soportar que le rechinaran los dientes el día en que quitaron su nombre de su pequeña calle, un callejón sin salida en el barrio de Talpiot, y le pusieron calle Klausner. Desde entonces y hasta su muerte fue condenado a ser el escritor S. Y. Agnón de la calle Klausner.

Y hasta el día de hoy, como para fastidiar, la casa de Agnón está en medio de la calle Klausner.

La casa de Klausner, por el contrario, fue derruida, y en su lugar se construyó, como para fastidiar, un edificio cuadrado y mediocre frente a la casa de Agnón que aún sigue en pie.

CAPÍTULO 8

Cada dos o tres sábados íbamos andando a Talpiot, al pequeño chalet del tío Yosef y la tía Tzipora. Había unos seis o siete kilómetros entre nuestra casa en Kerem Abraham y Talpiot, un barrio judío perdido y algo peligroso. Al sur de Rehavia y Kiriat Shmuel, al sur del molino de Mishkenot Shaananim se extendía la Jerusalem desconocida: los barrios de Talbia, Abu Tor y Katamón, la Colonia alemana, la Colonia griega y Baqah (Abu Tor, nos explicó una vez el maestro, el señor Avishar, se llama así por un héroe apodado «El padre del toro»; Talbia era antes propiedad de un hombre llamado Taleb; Baqah sólo era una vega, una *biqah* o valle de espíritus, mientras que el nombre de Katamón es una distorsión árabe de las palabras griegas *kata mones*, que significan «junto al monasterio»). Y más allá, hacia el sur, al otro lado de todos esos mundos desconocidos, al otro lado de las montañas oscuras, en el fin del mundo, centelleaban lugares judíos aislados, Mekor Hayyim, Talpiot, Arnona y el kibutz Ramat Rahel, casi pegado a Belén. Desde nuestra Jerusalem sólo se podía ver el barrio de Talpiot como un minúsculo conjunto grisáceo de copas de árboles polvorientos sobre una lejana colina. Una noche, desde la azotea, nuestro vecino arquitecto, el señor Friedmann, señaló un puñado de pálidas luces temblorosas en el horizonte, suspendidas entre el cielo y la tierra, y dijo: Aquello es el Campo Allenby, y quizás aquellas luces sean de Talpiot o de Arnona. Si volviera a haber incidentes, dijo, su situación no sería fácil. Y no digamos una guerra.

Nos poníamos en camino después de comer, a esas horas en que la ciudad se encierra tras las persianas y se sumerge por completo en el sopor de los sábados a mediodía, y hay un silencio absoluto en las calles y en los patios, entre los edificios de piedra con cobertizos de uralita adosados. Como si toda Jerusalem estuviese dentro de una bola de cristal.

Cruzábamos la calle Gueulá, entrábamos en el laberinto de callejuelas del destartalado *shtetl* ultraortodoxo que está más allá del barrio de Ahvah, pasábamos por debajo de tendedores llenos de ropa negra, amarilla y blanca, entre oxidadas barandillas de hierro de balcones descuidados y esqueletos de escaleras exteriores, subíamos por Zikrón Moshé, envuelto siempre en los vapores de los guisos pobres de ashkenazim, *tsholent*, *borscht*, sofritos de ajo, cebolla y repollo en vinagre,

continuábamos y cruzábamos la calle Haneviim. No se veía un alma por las afueras de Jerusalem a las dos de la tarde del sábado. Desde Haneviim torcíamos y bajábamos por la calle Strauss, sumergida en la constante penumbra de antiguos pinos a la sombra de dos muros, por un lado el muro gris verdoso del hospital protestante de las diaconisas y por otro la melancólica tapia de piedra del hospital judío Bikur Jolim, con los símbolos de las doce tribus grabados en sus majestuosas puertas de bronce. Un olor a medicinas, vejez y desinfectante salía de esos hospitales. Después cruzábamos la calle Yafo, junto a la famosa tienda de ropa Mein Staub, y nos deteníamos un momento ante el escaparate de la librería Ajiasaf, para permitirle a mi padre engullir con ojos hambrientos el botín de las novedades en hebreo que estaban en la vitrina. Proseguíamos a lo largo de King George, entre elegantes tiendas, cafés con espléndidas lámparas y ricos comercios, todos vacíos y cerrados por el Shabat, pero cuyas vidrieras nos cautivaban a través de las rejas de hierro, atraían con hechizos de otros mundos, centelleos de continentes lejanos y aromas de ciudades iluminadas, bulliciosas, ubicadas sin duda en las riberas de grandes ríos, con damas atractivas y elegantes, y caballeros tranquilos, refinados y acomodados que no vivían entre desórdenes, persecuciones y pogroms ni conocían la penuria, no necesitaban contar cada moneda, estaban libres de la presión de las reglas de los pioneros y los voluntarios, libres del castigo de los impuestos, del Servicio Sanitario y las cartillas de racionamiento, protegidos tranquilamente en espléndidas casas con chimeneas que surgen entre las tejas o en confortables apartamentos de edificios de lujo tapizados de alfombras, donde un portero con uniforme azul vigilaba el vestíbulo y un ascensorista de rojo se encargaba del ascensor, y criadas, cocineros, niñeras y mayordomos los servían mientras las damas y los caballeros disfrutaban de la vida. No como aquí.

Aquí, en King George, así como en la Rehavia judeoalemana y en la rica Talbia grecoárabe, reinaba otro tipo de silencio, distinto al silencio ultraortodoxo del sábado a mediodía en las estrechas y abandonadas callejuelas ashkenazim: un silencio diferente, estimulante, inquietante se posaba sobre la vacía calle King George a las dos y media del sábado, un silencio extranjero, un silencio británico, pues de pequeño la calle King George –y no sólo por su nombre– era para mí como una especie de embajadora de la espléndida ciudad de Londres que aparecía en las películas: tenía hileras de casas altas, impresionantes edificios oficiales a los dos lados de la calle, con una fachada continua, uniforme, sin las brechas de patios miserables,

abandonados y afectados por la lepra de la chatarra y la basura, separando una casa de otra como en nuestros barrios. En King George no había terrazas destrozadas ni persianas corroídas en las ventanas abiertas, como la boca desdentada de un anciano, ventanas pobres a través de las cuales se exponían a la mirada de los transeúntes las miséras entrañas de la casa, almohadones remendados, trapos de colores chillones, montones de muebles hacinados, sartenes tiznadas, cacharros de barro mohosos, cacerolas de latón deformadas y todo tipo de botes y latas comidos por el óxido. A ambos lados de la calle había una fachada continua, compacta, discreta pero arrogante, cuyas puertas, molduras y ventanas cubiertas por visillos mostraban riqueza, dignidad, voces difusas, buenos tejidos, suaves alfombras, copas delicadas y exquisitos modales.

En la entrada de los edificios había placas negras de despachos de abogados, representantes, médicos, notarios, procuradores y agentes de prestigiosas firmas extranjeras.

Pasábamos por delante de las casas del Talita Kumi (a mi padre le gustaba explicar que ese nombre significaba «niña, levántate», como si no lo hubiera explicado ya cientos de veces, y a mi madre le encantaba replicarle: Basta, Arie, ya lo sabemos, la niña se va a dormir de tantas explicaciones). Pasábamos por el pozo Shiber y por la casa Fromin, que iba a ser la sede temporal de la Knesset, por Bet Hamaalot, una casa circular que aseguraba a todo el que la visitaba el placer de una belleza rigurosa y austera, una belleza judeoalemana, y nos deteníamos un momento a mirar las murallas de la Ciudad Vieja al otro lado del cementerio musulmán de Mamila, metiéndonos prisa unos a otros (¡Ya son las tres menos cuarto! ¡Y aún queda un largo camino!), pasábamos por delante de la sinagoga Yeshurun y del edificio en forma de anfiteatro de la Agencia Judía (mi padre comentaba en voz baja, como si me estuviera revelando secretos de Estado, y con exultante veneración: «Aquí está nuestro gobierno, el señor Weizmann, Kaplan, Shertok, y a veces hasta el propio David Ben Gurión. Aquí late el corazón de la autoridad hebrea. ¡Es una lástima que no sea un gobierno nacional más fuerte!», y seguía explicándome lo que era «un gobierno en la sombra» y lo que tendríamos pronto, cuando por fin los británicos se fueran, «¡para bien o para mal se irán!»).

Desde allí bajábamos en dirección al Terra Sancta (en el edificio Terra Sancta trabajó mi padre unos diez años, después de la guerra de la Independencia y después del sitio de Jerusalem, cuando fue cerrada la carretera a los edificios de la

Universidad de Har Hatzofim y también la hemeroteca de la Biblioteca Nacional encontró ahí un refugio provisional, en un rincón de la tercera planta).

Desde el Terra Sancta había unos diez minutos hasta Binyam David, un edificio circular donde la ciudad se acababa de golpe y empezaban campos vacíos hacia la estación de tren en Emek Refaim. A nuestra izquierda se veían las aspas del molino del barrio de Yemín Moshé y arriba, a la derecha, en pendiente, estaban las últimas casas del barrio de Talbia. Una tensión muda nos dominaba cuando salíamos del ámbito de la ciudad hebrea: como si cruzásemos un paso fronterizo invisible y entrásemos en una tierra extraña.

Pasadas las tres cruzábamos la carretera que separaba las ruinas del antiguo Khan turco y la iglesia escocesa de la estación de tren cerrada: otra luz reinaba ahí, una luz más nublada, una luz antigua y musgosa. Ese lugar, de pronto, le recordaba a mi madre una callejuela musulmano-balcánica que había a las afueras de su pueblo del oeste de Ucrania. Mi padre empezaba a hablar de la época turca en Jerusalem, de los decretos de Jamal Pacha, de cabezas decapitadas y flagelaciones que se ejecutaban ante la chusma que se congregaba ahí, en la explanada empedrada que había delante de esa estación de tren, construida a finales del siglo XIX, con licencia otomana, por un judío de Jerusalem llamado Yosef Bey Navon.

Desde la explanada de la estación de tren seguíamos por el camino de Hebrón, pasábamos por delante del complejo fortificado del gobierno inglés y por un área de depósitos cercada sobre la que había un gran cartel en tres idiomas. En letras hebreas ponía algo de lo que mi padre se burlaba: ¿Quién será el necio al que este cartel ordena que se levante? Y sin esperar mi respuesta se contestaba a sí mismo: Debe poner *vacuum oil* en escritura defectiva y parece que pone *vecum evil*, «levántate, necio», otra prueba más de que ha llegado el momento de realizar de una vez una reforma europea, moderna y avanzada, en la pobre grafía hebrea y de introducir vocales, eso decía, que son como los policías de tráfico de la lectura. Y, por cierto, también sobre las locomotoras de los trenes de Su Majestad ponía en inglés *inflammable*, y en árabe *qabal lililtihab*, mientras que en el hebreo del Mandato Británico estaba escrito en cada locomotora: «Puede inflamarse». Ni más ni menos.

A nuestra izquierda se bifurcaban algunas calles escarpadas que conducían al barrio árabe de Abu Tor, y a nuestra derecha cautivaban y atraían las bellas

callejuelas laberínticas de la Colonia alemana, un tranquilo pueblo bávaro cubierto de pájaros cantores, lleno de ladridos de perros y cantos de gallos, con palomares y tejados de tejas rojas que aparecían entre cipreses y pinos, y muchos patios rodeados de muros de piedra a la sombra de espesas copas. Todas las casas tenían bodega y desván, y sólo con evocar esas palabras, tenía un ataque de nostalgia todo aquel que hubiera nacido en lugares donde nadie tenía una bodega oscura bajo sus pies ni un desván en penumbra sobre su cabeza, ni despensa, ni cómoda, ni aparador, ni reloj de pared ni una rueda en el patio.

Seguíamos bajando por el camino de Hebrón y pasábamos por delante de las casonas rosadas de piedra tallada, las viviendas de efendis ricos y de árabes cristianos con profesiones liberales, de altos funcionarios del gobierno del Mandato y de miembros de la alta asamblea árabe, Mardam Bey al-Matnawi, Rashid al-Afifi, el doctor Emil Adwan al- Bustani, el abogado Henry Tawil Tutaj y otros hombres ricos del barrio de Baqah. Ahí todas las tiendas estaban abiertas y de los cafés salían risas y música, como si hubiésemos dejado el Shabat a nuestras espaldas, detenido con un muro imaginario que le cerraba el paso en alguna parte entre el barrio de Yemín Moshé y la iglesia escocesa.

En la amplia acera, a la sombra de dos viejos pinos, delante de un café, estaban sentados en banquetas de enea, en torno a una mesa baja, tres o cuatro señores mayores con trajes marrones, cada uno llevaba una cadena de oro que pendía de la presilla del pantalón, dibujaba una especie de arco sobre la barriga y desaparecía dentro del bolsillo. Esos señores bebían té en vasos de cristal grueso o sorbían café turco en tazas decoradas y arrojaban dados en el tablero del backgammon que tenían delante. Mi padre los saludaba en un árabe que en sus labios parecía ruso. Los señores se callaban por un instante, lo miraban con sorpresa contenida, y uno de ellos murmuraba unas palabras ininteligibles, tal vez una sola palabra, como devolviendo el saludo.

A las tres y media, pasábamos junto a los alambres de púa del Campo Allenby, una fortaleza del gobierno inglés al sur de Jerusalem. Muchas veces había penetrado yo en ese campo, lo había conquistado, sometido y purificado, y había izado en él una bandera hebrea en mis juegos de alfombra. Y desde ahí, desde el Campo Allenby, que había sido conquistado por mis tropas en una incursión nocturna por sorpresa, yo continuaba el asalto hasta el corazón del bando extranjero, enviaba a mis unidades hasta los muros del palacio del gobernador, en la Colina del

Mal Consejo, y mis tropas hebreas lo conquistaban con un sorprendente movimiento de tenaza, una columna de blindados abría brecha en el palacio por el oeste y entraba desde el Campo Allenby liberado, mientras el otro brazo de la tenaza se cerraba por sorpresa por el este, desde las colinas desérticas, desde el desierto de Judea.

Cuando tenía algo más de ocho años, durante el último año del Mandato Británico, construí con dos amigos cómplices un cohete terrorífico en el patio trasero de nuestro bloque. Ese cohete apuntaba, según nosotros, al palacio de Buckingham en Londres (encontré un mapa detallado del centro de Londres entre la colección de mapas de mi padre).

Con la máquina de escribir de mi padre redacté un cortés ultimátum para Su Majestad el distinguido rey de Inglaterra George VI de la casa Windsor (lo escribí en hebreo, seguramente tenía a alguien que se lo tradujera): Si no abandonan nuestra tierra en un máximo de seis meses, nuestro Iom Kipur se convertirá en el día del Juicio de Gran Bretaña. Pero al final ese proyecto no se llevó a cabo, porque no conseguimos desarrollar el sofisticado mecanismo de dirección (pretendíamos dar de lleno en el palacio de Buckingham, pero no sobre los inocentes transeúntes ingleses), y también porque nos resultó difícil aprovisionarnos del combustible necesario para lanzar nuestro cohete desde la calle Amós esquina Abdías, en el barrio de Kerem Abraham, hasta su destino en el corazón de Londres. Seguíamos inmersos en la investigación y el desarrollo tecnológico, cuando los ingleses se lo pensaron mejor y se apresuraron a marcharse, y así Londres se salvó de mi furor nacionalista y del ataque de mi cohete, que estaba hecho con restos de una heladera rota y de una moto antigua.

Un poco antes de las cuatro girábamos a la izquierda en el camino de Hebrón y entrábamos en el barrio de Talpiot, entre avenidas de cipreses oscuros en los que la brisa de poniente tocaba una suave melodía que me provocaba desconcierto, sumisión y muda veneración. El Talpiot de aquellos días era un tranquilo y verde suburbio, alejado del centro de la ciudad y del bullicio del comercio, al borde del desierto de Judea. Había sido diseñado a imitación de los distinguidos barrios residenciales centroeuropeos concebidos para asegurar la tranquilidad de profesores, médicos, escritores y filósofos. A los dos lados de la calle había pequeñas y agradables casas de una sola planta, rodeadas de hermosos jardines, y en cada una de ellas, así lo imaginábamos con nuestra pobre fantasía, transcurría la apacible vida

reflexiva de un gran investigador, un célebre catedrático o un profesor de renombre internacional, como el tío Yosef, que no tenía hijos pero cuya fama se extendía por toda la zona, e incluso en países lejanos se habían traducido algunos de sus libros y se había difundido su saber.

Girábamos a la derecha, subíamos por la calle Kore Hadorot hasta un bosquecillo de pinos, después a la izquierda, y ya estábamos frente a la casa del tío. Mi madre decía: Son sólo las cuatro menos diez, a lo mejor aún están descansando. ¿Por qué no nos sentamos un rato tranquilamente y esperamos aquí, en el banco del jardín? O decía: Hoy nos hemos retrasado un poco, ya son las cuatro y cuarto, seguro que el agua está hirviendo y la tía Tzipora ya ha preparado las frutas en la bandeja.

Dos palmas Washington crecían a ambos lados de la entrada como dos guardianes, y detrás había un sendero de piedra entre dos hileras de setos de tuya. Ese sendero conducía a las amplias escaleras por las cuales subíamos al porche de entrada hasta la puerta, sobre la que estaba grabado, en una bella placa de cobre, el lema del tío Yosef:

JUDAÍSMO Y HUMANISMO.

Sobre la puerta había otra placa de cobre más pequeña, más brillante, donde ponía en letras hebreas y también latinas:

PROFESOR YOSEF KLAUSNER

Y más abajo, con la letra de la tía Tzipora, en una pequeña nota clavada a la puerta con una chincheta ponía:

POR FAVOR, ABSTENERSE

DE VISITAS DE DOS A CUATRO

GRACIAS

CAPÍTULO 9

Ya en el recibidor me entraba un insólito temor reverencial, como si al propio corazón se le pidiese despojarse de los zapatos y andar en calcetines, de puntillas, y respirar con la boca cerrada, como es debido.

A excepción de un perchero de madera marrón con los brazos curvados que estaba junto a la entrada, y a excepción de un pequeño espejo y un tapiz oscuro recamado, no había en el recibidor ni un solo hueco libre entre las hileras de libros: estantes y estantes, desde el suelo hasta lo alto del techo, con libros en idiomas de los que no reconocía siquiera los caracteres, algunos de pie y algunos tumbados encima, gruesos y espléndidos libros en lenguas extranjeras que se estiraban cómodamente y otros desdichados, apretados y hacinados, que te miraban de soslayo como refugiados sobre los bancos de un barco de inmigrantes clandestinos, libros importantes y respetables con tapas de cuero y grabados dorados, y libros sencillos con tapas blandas, libros ricos, satisfechos y pomposos, y libros pobres, descoloridos y desgastados, y en medio, alrededor y detrás de ellos, un montón de folletos, fascículos, panfletos, revistas, boletines y catálogos, todo el gentío sudado y bullicioso que se congrega siempre en torno a la plaza y el zoco.

En el recibidor había una única ventana que, a través de las rejas de hierro, como el ventanuco de un monje eremita, daba a la espesa vegetación del melancólico jardín. Ahí, como a todos sus invitados, nos recibía la tía Tzipora, una anciana agradable de cara pálida y anchas caderas, con un vestido gris y un chal negro sobre los hombros, muy rusa, tenía el pelo blanco, muy tirante hacia atrás y recogido en un pequeño y canoso moño sobre la nuca, te ponía una mejilla y luego la otra para dos besos, su cara redonda y bondadosa te sonreía con afecto, siempre se adelantaba a preguntar cómo estabas, y casi siempre, sin esperar respuesta, allí mismo en la puerta te ponía al corriente de cómo se encontraba nuestro querido Yosef, que de nuevo no había pegado ojo en toda la noche, o que su estómago por fin se había recuperado después de un largo malestar, o que había recibido una maravillosa carta de un prestigioso profesor americano de Pennsylvania, o que las piedras de la vesícula volvían a amargarle la vida, o que debía terminar al mediodía un importante artículo para la revista *Metzudah* de Ravidovitz, o que también esta vez el tío Yosef había decidido no responder a la gran ofensa que le había causado Yitzhak

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Silberschlag, o que había resuelto contestar con doble ración a los insultos de uno de los señores de la banda Brit Shalom.

Después de ese resumen de noticias, la tía Tzipora sonreía amablemente y nos pedía que la acompañásemos a ver al tío.

«Yosef los está esperando en el cuarto de estar», nos informaba con su simpática sonrisa, o: «Yosef está ya en el salón con el señor Krupnik, el matrimonio Netanyahu, el señor Yunitzman y el matrimonio Shohetman, y hay otros invitados importantes en camino». Y a veces decía: «Desde antes de las seis de la mañana está encerrado en su estudio, le he tenido que llevar allí hasta la comida, pero no hay más que hablar, a pesar de todo entrarán ahora, entren, entren, por favor, seguro que se alegra, siempre se alegra mucho de verlos, y yo también, además es bueno para él que deje de trabajar un rato, que descanse un poco, se está destrozando la salud. ¡No se preocupa nada de sí mismo!».

Desde el recibidor se abrían dos puertas: una, de cristal tallado con motivos de hojas y flores, conducía al salón. La otra, maciza, pesada y oscura, de aspecto sobrio, llevaba al estudio del profesor, que a veces también se llamaba «biblioteca».

El estudio del tío Yosef me parecía de niño el santuario de la sabiduría: Más de veinticinco mil volúmenes, me susurró un día mi padre, hay reunidos aquí, en la biblioteca privada del tío, libros antiguos de gran valor, manuscritos de nuestros más grandes escritores y poetas, primeras ediciones dedicadas por los autores, volúmenes sacados con astutas artimañas de la Odesa soviética y traídos aquí por caminos tortuosos, joyas bibliográficas raras y difíciles de encontrar, textos seculares y textos religiosos, casi todos los tesoros de la sabiduría de Israel y lo mejor de la sabiduría de otros pueblos, libros que el tío adquirió en Odesa y otros comprados en Heidelberg, libros que descubrió en Berlín o en Varsovia, libros que pidió a América y libros de los cuales sólo existe otro ejemplar en la biblioteca del Vaticano, hebreo, arameo, sirio, griego antiguo y moderno, sánscrito, latín, árabe medieval, ruso, inglés, alemán, español, polaco, francés, italiano y otros idiomas y dialectos de los que no había oído ni el nombre, como ugarítico, eslovaco, cananeo-maltés y antiguo eslavo eclesiástico.

Había algo austero y ascético en aquella biblioteca, en las perfectas líneas negras de las decenas de estanterías que se extendían desde el suelo hasta el techo, incluso sobre los dinteles de puertas y ventanas, un enmudecedor y solemne respeto

ante el que no había lugar para la risa ni la ligereza y que nos obligaba a todos, incluso al tío Yosef, a hablar siempre en voz baja.

El olor de la gigantesca biblioteca del tío me acompañará durante toda mi vida: el aroma polvoriento y excitante de la secreta sabiduría, el olor de una vida de estudio muda y aislada, una misteriosa vida de monje, un silencio fantasmal que salía de las profundidades de los pozos del pensamiento y la sabiduría, el murmullo de las sílabas muertas, el susurro de las reflexiones secretas de autores desaparecidos, la caricia fría de antiguas autoridades.

También desde ahí, desde el estudio, a través de tres ventanas estrechas y altas con cortinas oscuras, se veía el melancólico jardín, algo abandonado, y la tapia tras la cual comenzaban a extenderse el desierto de Judea y los declives pedregosos que descendían en ondas hacia el mar Muerto: altos cipreses y pinos susurrantes rodeaban el jardín, y, entre los cipreses y los pinos, había adelfas, malas hierbas, rosales abandonados, setos de tuya polvorientos, senderos de gravilla grisácea, una mesa de madera que se iba pudriendo bajo las intensas lluvias del invierno y también un viejo melia, encorvado y medio seco. Incluso en verano, incluso en los días de más calor, había algo invernal, ruso y deprimente en aquel jardín donde el tío Yosef y la tía Tzipora, que no tenían hijos, criaban a sus gatos con las sobras de la comida, pero adonde jamás les vi salir a pasear o sentarse al fresco en uno de sus bancos descoloridos.

Solamente yo deambulaba por allí los sábados por la tarde para huir del horror de las eruditas conversaciones del salón, cazaba tigres entre los arbustos, excavaba bajo las piedras en busca de manuscritos antiguos, soñaba con conquistar las áridas colinas del otro lado de la tapia con mis tropas de asalto.

Las cuatro paredes de la biblioteca estaban cubiertas de arriba abajo de tesoros bibliográficos, libros apretados y comprimidos pero bien ordenados, filas y filas de volúmenes azul oscuro, verde y negro con grabados en oro y plata. En algunos sitios era tal la acumulación que dos filas de libros tenían que apretujarse una detrás de otra en una misma balda repleta. Había grupos de letras góticas ensortijadas como torres de castillos y colecciones de textos sagrados hebreos, ejemplares del Talmud y de la Mishná, libros de oraciones y de textos legales, Midrashim, cuentos y leyendas, un estante de la Sefarad hebrea, un estante de Italia, una zona para la revista

Hameasef de Berlín y otros testimonios de la Ilustración hebrea, y había un amplio espacio para libros de estudios judaicos, historia de Israel, crónicas del antiguo Oriente, historia de Grecia y Roma, historia del cristianismo antiguo y moderno, todo tipo de culturas paganas, civilización islámica, religiones de Asia e historia de la Edad Media, y una pared entera de libros sobre la historia del pueblo de Israel en la Antigüedad, la Edad Media y la modernidad; había extensas zonas esclavas oscuras para mí y territorios griegos, y también zonas marrón grisáceo de clasificadores y archivadores de cartón repletos de páginas impresas y manuscritos. No quedaba ni un palmo de pared sin libros, y también en el suelo había amontonadas decenas de volúmenes, unos abiertos boca abajo, otros llenos de pequeños marcadores y otros agrupados aquí y allá como un rebaño aturdido y comprimido sobre dos o tres sillas de respaldo alto destinadas a los invitados, o en el alféizar de las ventanas, y una escalera negra conducía a las baldas más altas, las que se besaban con el techo. Esa escalera se podía llevar sobre un raíl metálico a lo largo y ancho de la biblioteca, y en algunas ocasiones hasta me daban permiso para moverla con muchísimo cuidado sobre sus ruedas de goma de sección en sección y de estante en estante por toda la sala. No había ningún cuadro, ninguna maceta ni ningún adorno. Sólo libros y más libros y silencio en toda la habitación, y ese maravilloso olor denso, un olor a tapas de cuero, papel amarillento y algo de moho, y una especie de extraño olor a algas, a añeja cola de encuadernar y a sabiduría, secretos y polvo.

En el centro de la biblioteca, como un gran destructor que ha arrojado el ancla en las aguas de un golfo entre las montañas, estaba la mesa de trabajo del profesor Klausner: pilas y pilas de tomos de enciclopedias, diccionarios, cuadernos y libretas, distintos tipos de bolígrafos, azules, negros, verdes y rojos, lápices, gomas y tinteros, cajas de grapas y clips, sobres marrones, sobres blancos y sobres con atractivos sellos de colores, folios y fascículos, notas y fichas, volúmenes en idiomas extranjeros abiertos sobre volúmenes en hebreo también abiertos y, entre las hojas de los volúmenes abiertos, otras hojas arrancadas de un bloc de espiral, entretejidas con la letra de tela de araña de mi tío, llenas de tachaduras y correcciones como moscas muertas e hinchadas, llenas de pequeñas notas, y las gafas de leer con la montura dorada del tío Yosef encima de uno de los montones, como cerniéndose sobre el abismo, y otras gafas, con la montura negra, sobre otra montaña de libros en un carrito junto a su silla, y unas terceras mirándote entre las páginas de un cuaderno abierto sobre un pequeño baúl que estaba junto al oscuro sofá.

En ese sofá, encogido en posición fetal, tapado hasta los hombros con una ligera manta de punto de cuadros rojos y verdes, como la falda de un soldado escocés, con la cara descalza e infantil sin las gafas, estaba tumbado el tío Yosef, flaco y pequeño como un niño; sus almendrados ojos marrones parecían medio alegres, medio perdidos. Nos hizo un gesto débil con su mano blanco transparente, nos lanzó una sonrisa rosada entre su bigote canoso y su puntiaguda barba blanca, y nos dijo más o menos lo siguiente:

–Entren, por favor, queridos míos, entren, entren –aunque ya habíamos entrado y mi madre, mi padre y yo estábamos enfrente de él, cerca de la mesa, apiñados como un pequeño rebaño perdido en un prado que no es el suyo–, y perdonen que no me levante en vuestro honor, no se enojen conmigo, por favor, llevo dos noches y tres días sin moverme de la mesa, no he pegado ojo, por favor, pregúntenle a la señora Klausner y lo confirmará, no descansaré ni para comer ni para dormir, ni siquiera para ojear la prensa, hasta que no termine este artículo que, cuando se publique, hará mucho ruido aquí, y no sólo aquí, todo el mundo de la cultura seguirá esta polémica sin aliento, y esta vez creo que voy a conseguir cerrarles la boca de una vez por todas a todos los oscurantistas. Esta vez dirán amén muy a su pesar o, al menos, tendrán que confesar que se les han acabado los argumentos y han perdido. ¿Y ustedes? ¿Mi querida Fania? ¿Mi querido Lonia? ¿Y mi queridísimo y pequeño Amós? ¿Cómo están? ¿Qué tal les va la vida? ¿Ya le han leído al querido Amós algunas páginas de *Cuando una nación lucha por su libertad*? Creo, queridos míos, que de todo lo que he escrito hasta ahora no ha salido de mi mano un libro mejor que *Cuando una nación lucha por su libertad* para servir de alimento espiritual al alma tierna del querido Amós en particular y a las de toda nuestra maravillosa juventud hebrea en general, salvo, tal vez, las descripciones del heroísmo y la rebelión dispersas por las páginas de mi *Historia del Segundo Templo*. Precisamente no hace mucho me escribió un gentil, un sacerdote suizo, erudito, ilustrado y amante de Israel como nadie, diciendo que al leer los capítulos sobre las guerras judías contra el despotismo del helenismo pagano, tal y como aparecen en mi libro *Historia del Segundo Templo*, y también en mis libros *Jesús de Nazaret* y *De Jesús a Pablo*, entendió por primera vez en su vida lo hebreo y judío que era Jesús, lo lejos que estaba tanto de lo helénico como de lo romano, aunque también de los anticuados rabinos de su época, que no eran mucho mejores que los oscuros ortodoxos de nuestros días.

»¿Y ustedes, queridos míos? ¿Han venido andando? ¿Han venido de muy lejos? ¿Desde su hogar en el barrio de Kerem Abraham? Recuerdo que cuando éramos jóvenes, hace treinta años, cuando aún vivíamos en el pictórico y primitivo barrio de los bújaros, los sábados íbamos andando desde Jerusalem hasta Betel o hasta Anatot, y a veces caminábamos hasta la tumba del profeta Samuel. La querida señora Klausner les ofrecerá algo de beber y de comer si acceden a acompañarla ahora a sus dominios, yo terminaré este difícil párrafo y me uniré a ustedes enseguida, y es posible que hoy también vengan a vernos los Woislavsky, Uri Zvi, Ben Zahav y el querido Netanyahu y su agradable compañera, pues vienen casi todos los sábados. Vengan, queridos, acérquense a mí, acérquense y miren con sus propios ojos, mira también tú, pequeño y adorable Amós, miren, por favor, las páginas de este borrador que está en mi mesa: cuando yo muera conviene que vengan aquí muchos grupos de estudiantes, una generación tras otra, para que vean con sus propios ojos con cuánto sufrimiento sale la escritura y cuántas fatigas y penurias tuve durante toda mi vida y, aunque mi estilo sea sencillo, fluido y transparente como el cristal, cuántas correcciones hice en cada línea, cuántos borradores escribí, a veces más de medio millar de borradores distintos, antes de hacerlos mecanografiar: la bendición sólo mora donde la musa se apoya en el sudor de la frente, y la inspiración surge de la constancia y la precisión. Como está escrito, la bendición del cielo viene de arriba y la bendición del abismo yace abajo. Lo he dicho en broma, por supuesto, con perdón de las señoras. Y ahora, queridos míos, acompañen por favor a la señora Klausner y calmen vuestra sed, yo no tardaré.

De la biblioteca se salía a un pasillo estrecho y largo que eran las entrañas de la casa; desde allí se podía torcer a la derecha, hacia el cuarto de baño o hacia el pequeño trastero, o continuar recto hacia la cocina, la despensa y la alcoba de la mucama, que salía de la cocina (había alcoba aunque nunca había habido mucama), o torcer a la izquierda, hacia la habitación de invitados, o seguir por el pasillo y llegar por la otra puerta, a la izquierda, al dormitorio blanco y decorado de la tía y el tío, donde había un gran espejo con un marco de cobre tallado y dos palmatorias ornamentadas a ambos lados del espejo.

De tres formas se podía, por tanto, acceder al salón: al llegar a la casa se podía ir desde el recibidor hacia la izquierda. O seguir por el recibidor todo recto hasta el estudio, salir por el fondo de la biblioteca al pasillo, torcer a la izquierda y llegar

directamente, como solía hacer el tío Yosef los sábados, al sitio de honor situado en la cabecera de la mesa negra y alargada que ocupaba prácticamente todo el salón. Además, en un rincón de la habitación había otra entrada, baja y abovedada, que conducía al cuarto de estar, un cuarto oval como la torre de un castillo cuyas ventanas daban al jardín delantero, a las palmas Washington, a la silenciosa calle y a la casa del señor Agnón, que estaba justo enfrente, al otro lado de la calle.

El cuarto de estar también se llamaba sala de fumar (en casa del profesor Klausner estaba prohibido fumar antes de que terminara el Shabat, aunque el Shabat no siempre le impedía al tío Yosef dedicarse a sus artículos). Allí había varios sillones recios y confortables, así como sofás con un montón de almohadones bordados de estilo oriental, una alfombra ancha y suave y un gran cuadro (tal vez de Mauricy Gottlieb), en el que se veía a un viejo judío con las filacterias en el brazo y la cabeza, cubierto por el talit, con un libro sagrado en la mano, pero el anciano judío no estaba leyendo, pues tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta; su rostro expresaba un profundo dolor, espiritualidad atormentada y exaltación. Siempre me pareció que ese judío que rezaba conocía todos mis secretos más vergonzosos, pero no me reprochaba nada sino que me imploraba tácitamente que me enmendara.

El cuarto de estar o sala de fumar volvía a conducir al dormitorio blanco y floreado del tío y la tía, y por eso durante toda mi infancia la casa fue para mí una especie de crucigrama no resuelto que me hacía correr, a veces sin descanso, por todas partes, como un perro inquieto, a pesar de las reprimendas de mis padres, intentando llegar a comprender el plano de la casa, descifrar cómo el pasillo de atrás se unía al dormitorio, desde donde se podía llegar al cuarto de estar contiguo al salón, que por su parte daba al recibidor y a la biblioteca y otra vez al pasillo: cada una de las habitaciones de la casa, incluyendo el estudio y el dormitorio, tenía dos o tres puertas y, por eso, esa casa tenía un carácter tormentoso, laberíntico, como una espesura de callejuelas ensortijadas o un bosque, y podías penetrar y serpentear por tres o cuatro caminos distintos desde el recibidor hasta la alcoba-de-la-mucama-sin-mucama que estaba detrás de la cocina, en lo más profundo de la casa. En esa alcoba, o tal vez en la despensa anexa a la cocina, había una salida trasera a una terraza desde la que se podía bajar al jardín. El jardín también era sinuoso, denso y con muchas bifurcaciones y escondrijos oscuros; un algarrobo enfermo, de gran tronco y copa espesa, le daba sombra, y había dos manzanos y también un cerezo, desterrado, melancólico, tísico, que había sido trasladado para desgracia suya hasta los márgenes del desierto.

Y así, mientras el profesor Klausner y su hermano, el discreto periodista revisionista Betzalel Elitzedek, articulista del periódico *Hamashkif*, y otros invitados, entre ellos el erudito Gershon Horgin, el investigador Ben Zion Netanyahu, mis padres y el vecino arquitecto, el señor Kornberg, y los escritores Yohanán Twersky, Israel Zarhi, Hayyim Toren y otros estaban sentados alrededor de la larga mesa negra dilucidando, mientras tomaban té, los asuntos nacionales e internacionales, yo pasaba como un fantasma de la habitación al pasillo, de la alcoba al jardín y otra vez al recibidor y a la biblioteca y a la sala de fumar y otra vez a la cocina y al jardín, inquieto, excitado, rastreando sin descanso una entrada remota que hasta entonces no hubiese observado y que me llevara a la casa secreta, interior, a la casa oculta, esa que estaba escondida en alguna parte entre las paredes dobles o entre los sinuosos caminos del laberinto, o tal vez debajo, entre los cimientos, y buscando tesoros ocultos, descubría de pronto la existencia de unas escaleras enterradas bajo la vegetación que conducían al parecer al sótano-trastero cerrado que estaba debajo del porche de atrás, encontraba islas desconocidas, marcaba en las esquinas del jardín caminos de tierra para trazar encima una red de vías férreas.

Hoy sé que la casa del tío Yosef y la tía Tzipora era una casa mediana, más pequeña que la mayoría de los chalets de dos y tres plantas del barrio donde vivo en Arad: tenía dos habitaciones grandes, la biblioteca y el salón, un dormitorio mediano y otras dos habitaciones pequeñas, una cocina, un baño, una alcoba y un trastero. Pero de niño, cuando todo Jerusalem estaba comprimido aún en pisos de una o dos habitaciones donde podían vivir dos familias numerosas, el palacio del profesor Klausner me parecía la mansión de un sultán o el palacio de un emperador romano, y más de una vez, en la cama, antes de dormirme, me imaginaba el resurgimiento del reino de David y el palacio de Talpiot con un gran despliegue de tropas hebreas a su alrededor. En el año 49, cuando Menahem Begin presentó en nombre del movimiento de liberación la candidatura del tío Yosef frente a la de Hayyim Weizmann a la presidencia de Israel, me imaginé el palacio presidencial del tío en Talpiot, rodeado por todas partes de tropas hebreas, y dos guardias impecables apostados a la entrada bajo el letrero que le aseguraba a los visitantes que el judaísmo y el humanismo nunca se anularían mutuamente sino que serían equivalentes.

–Ese niño loco está otra vez corriendo por toda la casa –decían de mí–, por favor, mírenlo, todo el rato corriendo, yendo y viniendo, jadeando y resoplando, todo rojo y sudoroso como si hubiese tragado mercurio –y me regañaban–: ¿Qué te pasa? ¿Te has comido una guindilla? ¿Eres un perro sarnoso? ¿Una peonza? ¿Una

polilla? ¿Un ventilador? ¿Has perdido a tu bella novia? ¿Tus barcos se han hundido en el mar? De verdad, nos estás dando dolor de cabeza. Y también estás molestando a la tía Tzipora. ¿Por qué no te sientas un rato tranquilamente? ¿Por qué no te buscas de una vez un buen libro para leer? O te damos papel y unos lápices, te sientas en silencio y nos haces un bonito dibujo, ¿sí?

Pero yo seguía trotando, entusiasmado, abriéndome paso por el recibidor, el pasillo y la alcoba, irrumpiendo en el jardín, y de nuevo, jadeando y excitado, palpando y golpeando con el puño las paredes para descubrir en ellas espacios ocultos, habitaciones escondidas, pasadizos secretos, catacumbas, túneles, cavernas, grutas o puertas secretas camufladas. Aún hoy no me he dado por vencido.